



# Los andosinos ¿una antigua etnia pirenaica?<sup>1</sup>

- 16 d'octubre del 2008 a les 20 h
- Sala d'actes de La Llacuna Centre Cultural, Andorra la Vella



## **Francisco Beltrán Lloris**

*doctor en història, catedràtic d'història antiga del departament de Ciències de l'Antiguitat de la Universitat de Saragossa i membre del grup de recerca Hiberus*

### ▲ Currículum

**Francisco Beltrán Lloris** (Saragossa, 1955)

Doctorat el 1979, exerceix a la Universitat de Saragossa com a professor titular d'història antiga des del 1983 i, acreditat com catedràtic, des del 2008, imparteix diverses assignatures d'aquesta matèria, especialment *Història de la Hispània antiga* i *Epigrafia*. A la facultat de Filosofia i Lletres ha desenvolupat els càrrecs de vicedegà d'Ordenació Acadèmica i d'Infraestructures (1995-2001).

Forma part del Grup d'Investigació d'Excel·lència Hiberus, finançat pel govern d'Aragó. Ha realitzat estades de formació i investigació en diverses universitats europees (Munic, Heidelberg, Roma, Oxford), ha organitzat congressos i reunions científiques a Saragossa, Coimbra, Gènova o Empúries; forma part del comitè internacional organitzador dels *Coloquios sobre lenguas y culturas paleohispánicas*; dirigeix la revista *Palaeohispanica*, especialitzada en llengües i cultures antigues de la Península Ibèrica, i la col·lecció *Las ciudades romanas de Hispania*, editada a Roma per L'Erma di Bretschneider; ha actuat com a investigador principal en quatre projectes amb finançament públic i només com a investigador en altres; coordina la redacció del fascicle espanyol de *Fontes epigraphici religionis Celticae antiquae* (Viena) i de les inscripcions llatines aragoneses per al *Corpus Inscriptionum Latinarum* (Berlín) i ha dirigit una desena de treballs de recerca i cinc tesis de doctorat.

Va realitzar la seva tesi doctoral sobre la història antiga i les inscripcions de Sagunt, en la qual es va ocupar del començament de la Segona Guerra Púnica i del pas dels Pirineus

per Anníbal, durant el qual es fa referència als andosins. Autor de més de dos-cents articles i monografies publicats a Europa i Amèrica, el seu àmbit de treball s'ha centrat en l'antiguitat hispana, particularment en el període tardorepublicà i altimperial, amb particular atenció als fenòmens de contacte cultural. Encara que ha consagrat diversos treballs a qüestions geogràfiques, numismàtiques i històriques en general, el seu camp d'especialització principal és l'epigrafia paleohispànica (celtibèrica i ibèrica) i llatina, tasca en la qual destaquen les seves monografies sobre l'epigrafia llatina de Sagunt (1980), de l'amfiteatre de Tarragona (1991), l'edició del tercer bronze celtibèric de Botorríta (1996) i la coordinació i publicació del col·loqui sobre el naixement de la cultura epigràfica a Occident (1995). És autor o coautor, a més, de l'*Atlas de Historia Antigua* (1987), *Lo mejor del arte romano* (1997), *Los primeros cristianos en Aragón* (2000), *Roma en la cuenca media del Ebro* (2000), *Zaragoza. Colonia Caesar Augusta* (2007)...

La seva línia de recerca més recent afecta la irrigació i l'organització rural a l'occident romà en relació amb la *lex rivi Hiberiensis* recollida en el Bronze de Agón, recentment editat al *Journal of Roman Studies* (Londres).

**E**n el año 218 a. E. Aníbal cruzó los Pirineos camino de Italia en una de las gestas militares más audaces de la historia: conducir a pie un enorme ejército desde Cartagena hasta la llanura del Po atravesando ríos caudalosos como el Ebro o el Ródano y las cordilleras de los Pirineos y los Alpes. Esta operación significó, además, el comienzo de la segunda guerra púnica (218-201 a. E.) que marcó el declive definitivo de Cartago y cimentó el ascenso de Roma hacia la hegemonía del mundo antiguo. No es de extrañar, por lo tanto, que los historiadores clásicos, atentos sobre todo a los acontecimientos políticos y militares, prestaran a estos sucesos un particular interés y que, como consecuencia de ello, escenarios que habitualmente quedaban en la sombra debido a su marginalidad geográfica pasaran a primer plano, aunque fuera fugazmente. Así ocurrió con varias comunidades hispanas que osaron oponerse al ejército púnico entre el Ebro y los Pirineos y que, por ello, quedaron registradas en la obra de uno de los más reputados historiadores de la antigüedad, Polibio de Megalópolis, que en la segunda mitad del siglo II a. E. consagró sus “Historias” a explicar el ascenso de Roma al rango de potencia hegemónica del Mediterráneo. En este contexto aparecen los andosinos por primera y última vez en los anales históricos, mencionados como uno de los cuatro *ethne* o pueblos que hubo de someter Aníbal en su marcha hacia los Pirineos. Y esto es también todo lo que sobre esta comunidad puede afirmarse con certeza. Cuanto se añada a lo dicho forma parte del dominio de la hipótesis y precisamente para subrayar el carácter conjetural de buena parte de lo que a continuación se expondrá figura la mayor parte del título de esta charla entre signos de interrogación.

### **Los andosinos y el paso de los Pirineos por Aníbal**

Empecemos, pues, por el mencionado pasaje de Polibio: “*Cuando llegó el día señalado, Aníbal puso en marcha su ejército, consistente en 90.000 infantes y cerca de 12.000 jinetes. Tras cruzar el Ebro, sometió al pueblo de los ilurgetes y al de los bargusios, y después a los airensios y andosinos, hasta las montañas llamadas Pirineos. Una vez que hubo sometido a todos ellos y tomado algunas ciudades al asalto —con inesperada rapidez, aunque no sin duros combates y elevadas pérdidas de hombres—, dejó a Hanón como gobernador de los territorios situados más allá del Ebro y con total autoridad sobre los bargusios, de los que desconfiaba especialmente por las buenas relaciones que mantenían con los romanos*” (Pol. III 35, 1-4).

De las palabras de Polibio se desprende que Aníbal, cuyo objetivo era llegar a Italia con la mayor rapidez posible, se abrió camino al norte del Ebro empleándose con toda la contundencia necesaria, aunque sin detenerse para asegurar el control definitivo de la región, que fue la tarea confiada a Hanón. El hecho de que entre los pueblos mencionados no figure ninguno de los que ocupaban el litoral —ilergavones, cesetanos, layetanos, indigetes— y que tampoco se mencione ninguna ciudad costera, induce a pensar que el cartaginés siguió un itinerario interior, alejado del Mediterráneo dominado por las flotas de Roma

desde la primera guerra púnica y en donde se encontraban algunos de sus aliados más firmes como la colonia griega de *Emporion* (Ampurias), en la que poco tiempo después desembarcaría el ejército expedicionario de Escipión. Por ello y aunque de los cuatro *ethne* mencionados por Polibio sólo los ilergetes cuenten con una localización medianamente conocida en torno a la ciudad de *Illirta / Ilerda* (Lérida), suele situarse el cruce del Ebro por Aníbal y el comienzo de su ruta hacia los Pirineos en el interior, a la altura del Segre. Obsérvese, además, que Polibio parece agrupar por un lado a ilergetes y bargusios y por otro a airensios y andosinos, en lo que podría constituir un indicio de su localización relativa con respecto a los Pirineos, los primeros más alejados de la cordillera y los segundos más cercanos a ella.

Se conserva, sin embargo, otro relato ligeramente divergente de estos acontecimientos. Se trata de la historia redactada en época de Augusto por Tito Livio, que en el pasaje correspondiente dice así: “*Feliz por esa visión — un sueño premonitorio que le auguraba la devastación de Italia —, (Aníbal) hizo atravesar el Ebro a sus tropas por tres lugares y envió mensajeros para que se ganaran con regalos el ánimo de los galos por cuyos territorios debía pasar el ejército y para que exploraran los pasos de los Alpes. Pasó el Ebro con 90.000 infantes y 12.000 jinetes — y 37 elefantes según Apiano, Hann. 4 —. Sometió a los ilergetes y después a los bargusios, los ausetanos y la Lacetania que se extiende a los pies de los Pirineos, y confió todo este litoral a Hanón, con el propósito de que mantuviera el control de los pasos que unen las Hispanias y las Galias*” (Liv. XXI 23, 2). En el siguiente párrafo señala que Aníbal, tras cruzar los Pirineos, instaló su campamento en *Illiberris* (Elne).

Además de añadir el punto de arribada al otro lado de la cordillera, un dato fundamental para precisar la ruta de Aníbal, la narración de Livio difiere en los nombres de dos de los pueblos sometidos por Aníbal, pues en lugar de los airensios y andosinos el historiador patavino menciona a los lacetanos y los ausetanos, de los que los segundos son unánimemente localizados en el valle del Ter, entre Vic (*Auso*) y Gerona (*Gerunda*), gracias a testimonios como el de Ptolomeo (II 6, 69), mientras que la ubicación de los primeros resulta mucho más polémica, si bien entre sus ciudades se encontraban, según Ptolomeo (II 6, 71), *Jesso* (Guissona) y *Anabis*, que si puede identificarse con el medieval *pagus Anabien-sis*, habría que localizar en el valle de Aneu (Pallars Sobirà).

No es éste el lugar para detenerse en la explicación de esta divergencia, de la que me ocupé largamente en un artículo publicado en 1984, “*El año 218. Problemas en torno al comienzo de la segunda guerra púnica en la Península Ibérica*”, al que remito y en el que argumentaba que mientras Polibio se limitaría a mencionar los pueblos sometidos por Aníbal mismo en su marcha hacia las Galias, Livio describiría la situación que los romanos encontraron al desembarcar algunas semanas después en Ampurias, incluyendo los resultados de las campañas de Hanón que, tras la marcha de Aníbal, habría sometido en su nombre a lacetanos y ausetanos, a los que los romanos hubieron de hacer frente, y se

despreocuparía, a cambio, de las pequeñas comunidades de los airenosios y andosinos, enclavadas según todos los indicios en lugares más alejados de la costa, a los que los ejércitos de Roma todavía tardarían años en llegar.

En lo que respecta a los tres pueblos mencionados por Polibio además de los ilurgetes o ilergetes, esto es bargusios, airenosios y andosinos, los dos últimos no vuelven a comparcer en las fuentes literarias, mientras que los bargusios sólo son mencionados de nuevo, esta vez con el nombre de bergistanos, como protagonistas de una sublevación sofocada por Marco Porcio Catón en 195 a. E. (Livio XXXIV 16, 9). Para la ubicación de estos tres pueblos sólo contamos con los datos expuestos hasta ahora que inducen a situarlos en algún punto del interior, entre el Ebro y los Pirineos, próximos a una ruta que debió empezar en el Segre y terminó en *Iliberris* (Elne), pero cuyo recorrido exacto resulta imposible determinar, si bien existe también un cierto acuerdo en considerar que Aníbal debió franquear los Pirineos por la Cerdaña, atravesando el puerto de La Percha, para seguir después el valle del Tet hasta Elne: mucho menos seguro es camino seguido entre el Ebro y la Cerdaña, del que me ocupaba también en el mencionado artículo.

Dadas las circunstancias, resulta tentador poner en relación a bargusios, airenosios y andosinos con lugares de esta parte de Hispania cuyos nombres muestran una cierta semejanza con sus etnónimos: de ahí que, unánimemente y siguiendo la localización relativa que parece desprenderse de las palabras de Polibio, se vincule a los bargusios / bergistanos con la comarca del Bergadà y a los andosinos con Andorra, mientras que la identificación de los airenosios con Arán, muy extendida también, levanta alguna objeción por la ubicación del valle en la vertiente norte pirenaica (Rico 1997, 89-92). La mención de estos pueblos no debe significar necesariamente que el ejército de Aníbal operara en cada una de esas comarcas —aunque, desde luego, tampoco pueda excluirse del todo esta posibilidad—, sino que pasó por lugares suficientemente cercanos a ellas como para que sus habitantes se sintieran amenazados y optaran por hacer frente al ejército púnico, en el caso de los bargusios, si damos fe a Polibio, instigados probablemente por Roma. Habida cuenta de que el objetivo del cartaginés era franquear la cordillera con la mayor rapidez, es poco esperable que sus operaciones consistieran en otra cosa que no fuera abrirse camino hacia las Galias, dejando a Hanón la tarea de consolidar su retaguardia. Por ello, lo más probable es que el grueso del ejército progresara venciendo los obstáculos que se interpusieran en su camino con la mayor rapidez y que no se realizaran incursiones a los lugares más alejados de la ruta principal, aunque sus habitantes se hubieran mostrado hostiles. Por otra parte, aunque existe un cierto acuerdo, como se ha dicho, en admitir que Aníbal atravesó la cordillera por la Cerdaña, el pueblo que habitaba esta comarca, los cerretanos, el más conocido de los Pirineos orientales, no es mencionado ni por Polibio ni por Livio, hecho que seguramente obedezca a que no ofreció resistencia al ejército púnico. En consecuencia, la nómina de Polibio, como él mismo afirma, debe entenderse como la lista de

pueblos que hicieron frente a Aníbal y fueron por él sometidos y no como un esbozo de su itinerario.

Estos son los argumentos en los que se base la identificación de los andosinos con los valles de Andorra, reforzada sin duda por la continuidad onomástica que se percibe en la región: con seguridad en el caso de los cerretanos y la Cerdaña, y más hipotéticamente en el de airenosios y Arán, bargusios y Berga, *Anabis* y Aneu,... En consecuencia, aunque no pueda afirmarse con certeza absoluta que el solar de los andosinos coincidía con la Andorra actual, ésta es una hipótesis que, en el estado actual de la cuestión, puede defenderse con toda verosimilitud.

### **Los andosinos como etnia**

Pero, ¿qué tipo de comunidad constituían estos andosinos? La única indicación explícita disponible al respecto es la caracterización de los pueblos sometidos por Aníbal como *ethne*, término que suele designar en griego a comunidades que no se fundamentan en vínculos políticos, sino en una afinidad más vaga y que se traduce al castellano por pueblo o etnia.

Frente a las tradicionales concepciones esencialistas o primordialistas de las etnias como entidades casi naturales, cristalizadas en la prehistoria, muy coherentes culturalmente y con vínculos tan estables a lo largo de los siglos que incluso se les atribuía una dimensión política, en la actualidad, por el contrario, las etnias son entendidas como construcciones sociales, cambiantes, percibidas subjetivamente y capaces de reformular continuamente sus rasgos definitorios en función de los intereses que en un momento dado defiende un determinado grupo, al tiempo que se considera que esos rasgos definitorios sólo pueden ser captados por el historiador cuando han sido formulados discursivamente, es decir cuando disponemos de textos en los que se hagan explícitos, mientras que resultan extraordinariamente difíciles de percibir en el registro material o a través de otro conducto dada su extraordinaria variabilidad (Smith 1986; de Vos y Romanucci-Ross 1995; Fabietti 1995; Hall 1997).

Este sesgo interpretativo afecta también a la consideración de los etnónimos mencionados en las fuentes clásicas, que ya no puede asumirse que correspondan necesariamente a un pueblo preexistente que los autores antiguos se limitarían a registrar como fieles notarios, ante la evidencia de que en ocasiones fue precisamente la irrupción de una potencia colonial la que provocó el estrechamiento de vínculos entre las poblaciones indígenas —caso de los indios norteamericanos frente al avance europeo— o, incluso, la propia potencia colonial la que fomentó la creación de grupos étnicos más o menos artificiosos para favorecer sus intereses de dominación, contando a veces con la colaboración de los mismos antropólogos como ocurrió en la moderna África central (Amselle 1990). Hay también casos en los que un aparente etnónimo no es otra cosa que un instrumento por parte de la potencia

colonial para designar conjuntamente a comunidades en las que percibe una cierta afinidad, pero que previamente carecían de una conciencia de pertenecer a una misma etnia, pues generales y eruditos debían organizar las realidades con las que entraban en contacto y, para ello, lo primero era darles nombre. De hecho, en la misma Hispania hay constancia de casos como el de los galaicos, designación que, al parecer, aplicaron los romanos a las comunidades rurales antes dispersas del noroeste o, más claramente, el de los celtíberos, neologismo erudito acuñado por los romanos para referirse a una serie de pueblos celtas —belos, titos, arévascos, lusones— que se les enfrentaron militarmente en el siglo II a. E. (Beltrán 2004).

Estas cautelas metodológicas deben ser tenidas particularmente en cuenta a la hora de abordar casos tan precariamente documentados como el que nos ocupa, pues teóricamente el nombre de los andosinos —como los de bargusios o airenosios— podría referirse tanto a una comunidad étnica de perfiles bien definidos con anterioridad a la irrupción de Aníbal en los Pirineos y que ulteriormente mantuviera su personalidad, cuanto aludir a un conjunto de poblaciones que unieron sus fuerzas temporalmente para oponerse al cartaginés y que, después, se disolvieron de nuevo o se integraron en una comunidad más amplia,<sup>2</sup> por mencionar sólo dos posibilidades.

¿Se puede precisar un poco más la cuestión? Por un lado, diversos indicios sugieren que los andosinos eran una comunidad de dimensiones bastante reducidas. Así lo indica el mismo hecho de que, como airenosios y bargusios, los andosinos desaparezcan para siempre de los registros literarios tras la marcha de Aníbal —los bargusios en 195 a. E.— y también apunta en la misma dirección la rapidez con la que Aníbal consiguió doblegar su resistencia. Precisamente la posterior referencia a los bargusios, llamados ahora bergistanos, abona esta impresión, pues a propósito de su revuelta de 195 a. E. Livio dice que se alzaron sus siete asentamientos fortificados —*Bergistanorumciuitatis septem castella defecerunt*, Liv. XXXIV 16, 9—, siendo *castellum* un término que remite a núcleos de población que no alcanzaban rango urbano. Si ésta era la entidad de los bargusios que, según Polibio, eran la comunidad que más preocupaba a Aníbal, cabe suponer que andosinos y airenosios no fueran mucho más potentes. Ello induce a pensar que el territorio controlado por los andosinos fuera relativamente pequeño y, por lo tanto, si se admite su identificación con la Andorra actual, podría coincidir poco más o menos con los valles del Valira, sin necesidad de atribuirles comarcas vecinas, aunque, naturalmente, se trata más bien de una impresión que de una certeza.

En cualquier caso, la desaparición de las fuentes no debe ser interpretada necesariamente como un indicio de la extinción de los andosinos o de su absorción por una comunidad vecina. Como región periférica que era, los Pirineos apenas fueron objeto de atención por parte de los historiadores clásicos, salvo en las contadas ocasiones en las que en su territorio se produjo algún acontecimiento histórico, como el paso de la cordillera por Aníbal. De

ahí que, al margen de esta ocasión, prácticamente no contamos sino con referencias genéricas sobre los pueblos pirenaicos, especialmente en las obras geográficas: así, no es de extrañar, por ejemplo, que la única referencia histórica a los cerretanos, el pueblo más veces mencionado del Pirineo oriental, fuera motivada nada más y nada menos que por la obtención de un triunfo sobre ellos en 39 a. E. por parte de Gneo Domicio Calvino (Casio Dión XLVIII 41), mientras que las demás citas figuran en las obras geográficas de Estrabón (III 4, 11), Plinio (*Historia Natural* III 22 y 23) y Ptolomeo (II 6, 68), con la excepción de la alusión a sus acreditados jamones o *pernae Cerretanae* que recuerda el hispano Marcial en uno de sus poemas (XIII 54; cf. Estrabón III 4, 11). Todas estas noticias literarias refuerzan la idea de que también los cerretanos eran una comunidad de reducida extensión, pese a lo que en algunas ocasiones se ha sugerido (Fatás 1978): Plinio sólo menciona dos de sus ciudades, si bien hay que subrayar que ambas disfrutaban del derecho latino (*Historia natural* III 23), mientras que Ptolomeo sólo reseña una en su listado (II 6, 68). Todo induce a pensar que los cerretanos, gracias a su ubicación en uno de los pasos pirenaicos más transitados y a sus producciones cárnicas, se convirtieron en el pueblo pirenaico por excelencia de la vertiente oriental y que oscurecieron un tanto a los demás, omitidos habitualmente por los autores geográficos, pero cuya existencia no ignoraban a juzgar por referencias indirectas como la de Estrabón cuando señala que “*las partes centrales* [de los Pirineos] *contienen valles que son perfectamente habitables; los ocupan sobre todo los cerretanos, de estirpe ibérica*” (III 4, 11), indicando con ese ‘sobre todo’ que existían otras comunidades en la cordillera además de ellos.

En definitiva, la información literaria examinada hasta ahora sólo permite afirmar, y ello con todas las cautelas expuestas, que cuando en el verano del 218 a. E. Aníbal emprendió el paso de los Pirineos hubo de vencer la resistencia de unas gentes, identificadas por Polibio con el nombre de andosinos, que, muy verosíblemente, constituían una comunidad establecida en los valles de la actual Andorra, nombre que, en consecuencia, cabe vincular con el etnónimo antiguo. Dicha comunidad aparece caracterizada más bien como una pequeña etnia, reducida seguramente a los valles andorranos, que como una entidad política. En cualquier caso, el mero hecho de que el nombre haya perdurado hasta hoy a lo largo de la Edad Media induce a valorar la posibilidad de que esta comunidad hubiera mantenido a lo largo de la Antigüedad una cierta personalidad que, forzosamente, pasaría, una vez integrada en el Imperio Romano, por una de estas tres posibilidades: su transformación en una *ciuitas*, es decir en una municipalidad autónoma —o quizás en varias de ellas, como ocurrió con los cerretanos—; su reducción a la condición de *ciuitas adtributa*, es decir una comunidad gobernada desde otro municipio, situación bien atestiguada en los Alpes italianos por ejemplo; o, mucho menos probablemente, su absorción por una *ciuitas* vecina.



## **El contexto cultural y lingüístico**

Pero, además de la información de las fuentes literarias examinada hasta ahora, existe otra posible vía de aproximación a los antiguos andosinos consistente en el análisis del etnónimo mismo, para lo cual resulta imprescindible empezar aclarando el contexto cultural y lingüístico del territorio ocupado por esta comunidad.

Aunque en la actualidad la percepción de los Pirineos se encuentre fuertemente mediatizada por la frontera franco-española e induzca a privilegiar la oposición norte-sur, resulta evidente también la existencia de una clara polaridad, por ejemplo en el terreno lingüístico, entre el oeste vasco parlante y el este catalanófono. Esta polaridad se percibe también claramente en la antigüedad (Beltrán y Pina 1994; Bertanpetit y Vives eds. 1995; Mohen 1974), de manera que si se examinan las raras inscripciones en lenguas vernáculas, todas ellas datables en los siglos anteriores a nuestra Era, los nombres de persona y de dioses indígenas consignados en las inscripciones latinas de los siglos I y II d. E., y los topónimos y etnónimos registrados en las fuentes literarias, en las monedas o en los epígrafes se observará como en el extremo oriental predomina la lengua ibérica, mientras que en la parte occidental se documentan elementos eusquéricos. A estos dos ámbitos principales deben añadirse, en la vertiente norte, una fuerte presencia de una lengua céltica, el galo, que según todos los indicios se intensifica sobre todo a partir del siglo III a. E., mientras que en la vertiente meridional las poblaciones célticas se encuentran más alejadas de la cordillera —los celtíberos, en concreto, al sur del Ebro—, salvo en el extremo occidental correspondiente al actual País Vasco y al oeste de Navarra, en los que los testimonios onomásticos conservados son mayoritariamente célticos en época antigua (Gorrochategui 1994; 1995; de Hoz 1995).

En lo que respecta a la lengua ibérica, se trata de un idioma bien atestiguado en el litoral mediterráneo desde Almería al Hérault y con profundas penetraciones hacia el interior. Aunque haya comarcas en las que parezca existir un substrato lingüístico previo —como el denominado ligu en la costa francesa—, a partir del siglo V a. E. no sólo todos los textos escritos, sino también los nombres personales y muchos topónimos son mayoritariamente ibéricos, por lo que todo induce a concluir que el ibérico era la lengua empleada no sólo por escrito, sino también oralmente, pese a los argumentos expuestos en favor de caracterizarla como una mera lengua vehicular (de Hoz 1993). Tampoco hoy cuenta con partidarios la hipótesis del gran filólogo Joan Coromines (1960, 1976) que defendía la existencia de un substrato eusquérico en el Pirineo oriental (Gorrochategui, 1995). Los únicos textos localizados hasta la fecha en plena cordillera son las inscripciones rupestres de la Cerdaña, datadas hacia el siglo II a. E., cuya adscripción lingüística es claramente ibérica (Campmajo y Untermann 1991), una circunstancia que ha abierto el debate acerca de cuál era la lengua vernácula de esta comarca. La tendencia dominante es considerar que estos epígrafes serían obra de gentes de lengua ibérica procedente de la costa o del interior de la actual

Cataluña que se asentaron a partir del siglo II a. E. en la Cerdaña (Olesti, Mercadal y Valiente 2005) o que simplemente estaban de paso (de Hoz 1995; Panosa 1995), sin embargo tampoco se puede excluir la posibilidad de que las inscripciones fueran realizadas por habitantes de la comarca 'iberizados' y, en última instancia, dado que no existen testimonios que permitan determinar cuál era la lengua local con anterioridad, tampoco puede descartarse que la lengua ibérica se hablara en la Cerdaña antes de que se introdujera en ella la escritura: de hecho Estrabón dice que los cerretanos eran de estirpe ibérica (III 4, 11). En cualquier caso, en fechas muy próximas a la travesía anibálica de los Pirineos el hecho es que la lengua ibérica se empleaba en la Cerdaña, al este de Andorra, y también al sur, en el valle del Segre.

En lo que respecta a las lenguas eusquéricas antiguas, de las que desciende el vascuence moderno, la variante hispana, denominada vascónico, sólo está atestiguada por el momento en Navarra y las Cinco Villas zaragozanas, muy lejos, por lo tanto, del área que ahora interesa, mientras que tanto en las comarcas más septentrionales de las provincias de Lérida y de Huesca oriental los escasos testimonios conocidos son ibéricos (Beltrán 2001; Gorrochategui 1995). Por el contrario, en la vertiente septentrional, la variante eusquérica conocida como aquitano, aunque no fuera utilizada para grabar inscripciones, está bien atestiguada en la onomástica personal y divina presente en las inscripciones latinas de los siglos I y II d. E. a lo largo de toda la mitad occidental de la cordillera con el núcleo más denso en el territorio de los *Conuena* —incluyendo el valle de Arán—, en torno a la actual Saint-Bertrand-de-Comminges, y el punto más oriental en Saint-Lizier-de-Ustou, a sólo unos 25 km al oeste de Andorra (Gorrochategui 1984). El propio Estrabón señala cómo los aquitanos diferían del resto de los galos en lengua y apariencia, y se parecían más en estos aspectos a los hispanos (Estrabón IV 2, 1). Sin embargo conviene subrayar que la frontera lingüística entre el aquitano y el galo se encontraba precisamente al oeste del río Garona, a lo largo de una línea que podría trazarse entre Lectoure y Saint-Girons, aproximadamente (Gorrochategui 1995), por lo que las tierras inmediatamente al norte de Andorra pertenecían más bien al ámbito dominado por el galo, cuya introducción en la región, no obstante, se produce sobre todo a partir del siglo III a. E.

En definitiva, pues, el territorio de la actual Andorra se encontraba en la antigüedad en el lugar en el que convergían los tres principales ámbitos lingüísticos de la región: por la vertiente norte el aquitano y el galo, y por la sur el ibérico. Aunque en el territorio andorrano no se han localizado por ahora inscripciones antiguas, debe señalarse la existencia de grabados rupestres en lugares como el Roc de les Bruixes, en Prats de Canillo (Canturri 2003), que incluyen signos de los denominados 'naviformes', asociados en la Cerdaña a las inscripciones ibéricas (Campmajó 2005) y que, por lo tanto, permiten tender un nexo de unión con la comarca más oriental y albergar la esperanza de que en un futuro puedan hallarse también epígrafes grabados sobre la roca en territorio andorrano.

Aparte de todo lo dicho no puede excluirse tampoco la posibilidad teórica de que existieran en la región otras lenguas de las que no se han conservado trazas claras en la documentación disponible.

### **El nombre de los Andosinos**

Es bien sabido que en ocasiones los nombres de una comunidad no se corresponden con la denominación originaria que ella misma se da, sino que son resultado de una representación externa, de la elaboración de un grupo cultural dominante o simplemente de un vecino como bien queda ilustrado, por ejemplo, en el caso de los beduinos —del árabe *badu*, ‘habitantes del desierto’— o de los eslavos —del latín *sclavus*, ‘esclavo’— (Fabietti 1995) o, en la antigüedad, de los mencionados celtiberos —del griego *keltiber*, ‘celta de Iberia’—, que naturalmente no impide que ese mismo grupo termine por adoptarla como propia.

En lo que respecta al nombre de los andosinos, por lo tanto, aunque se trata claramente de un término vernáculo, es decir ni griego ni latino, no se puede establecer con seguridad si era la denominación que estas gentes se daban a sí mismos o si, por el contrario, era el nombre que le aplicaban gentes vecinas. En este caso, los candidatos más probables teniendo en cuenta el itinerario seguido por Aníbal serían gentes de lengua ibérica. Sin embargo, en las inscripciones ibéricas conservadas son rarísimas las palabras formadas sobre una base *and-* —MLHC.18.5: *antalskar*, F.9.5: *antinYlitutuRane*; E.1.309: *antu[---]*—, aunque una de ellas muestre, por azar sin duda, una notable semejanza: F.13.32, *antorban[---?]*, por lo que en principio debe excluirse el ibérico como vía de explicación del etnónimo.

En consecuencia, son el aquitano o, en todo caso, el galo, las otras dos lenguas conocidas en la región, a las que podría acudir para explicar el nombre de los andosinos.

Conviene aclarar desde un principio que la etimología es una disciplina extraordinariamente conjetural cuando no se dispone de una cadena de testimonios a lo largo del tiempo que permita explicar con certeza un determinado nombre. Un ejemplo bastará. Calahorra es un topónimo atestiguado tanto en La Rioja como en Granada o Palencia, cuya etimología sólo puede aclararse gracias al conocimiento de sus estadios previos que, en el caso riojano, conducen a un *Calagurris* paleohispánico, pero que en el granadino y el palentino remiten al árabe ‘castillo rojo’: evidentemente, sin el testimonio antiguo, la adscripción de la Calahorra riojana al árabe sería tan verosímil como falsa.

Estas dificultades quedan de manifiesto también en un caso más próximo al que nos ocupa: el de los airenosios (García Alonso 2006). Tradicionalmente, el nombre del lugar al que el etnónimo se supone hace referencia, el valle de Arán, se ha puesto en relación con el vasco *aran*, ‘valle’, que resulta una explicación muy verosímil, máxime en una comarca que, como se ha visto, era de lengua aquitana en la antigüedad. Sin embargo no resulta tan fácil aplicar esta misma solución al etnónimo de los airenosios que presenta una base

*airen-* que se aleja un tanto de la palabra vasca y tampoco cuenta con paralelos antiguos aquitanos (cf. Gorrochategui 1984), por lo que arroja una sombra de duda sobre la ecuación airensios-Arán.

En lo que respecta a los andosinos, aunque se han propuesto a mero título de inventario posibles etimologías galas a partir de *and-*, *ande-*, *ando-* ‘muy’ — ‘muy ancianos’ o ‘los que viven muy arriba’, descartadas por su mismo proponente (García Alonso 2006)—, parece existir un cierto acuerdo en relacionar el etnónimo con el vasco (*h*)*andi* ‘grande’ (García Alonso 2006).<sup>3</sup>

Pero el paralelo más próximo lingüística y cronológicamente que puede aducirse es el antropónimo aquitano *Andossus / Andoxus*, atestiguado con múltiples variantes en las inscripciones latinas de fecha imperial del territorio de los *Conuena* con centro en Saint-Bertrand-de-Comminges. Además, este término está registrado como epíteto divino en tres inscripciones del sur de las Galias: en Melles, cerca de Saint-Béat aparece en la forma *deo Bascei Andosso*, calificando a una deidad de nombre indígena, mientras que se adjunta a una divinidad clásica en Saint-Elix-sur-Baise, cerca de Auch, en la forma *Herculi Tolian-dosso*, y en Narbona como *Herculi Ilunnoandose*, aunque seguramente en este último caso la inscripción fue erigida por una persona oriunda de los Pirineos, ya que el teónimo *Ilunno* sólo está comprobado en los valles altos de Aure y Luchon (Gorrochategui 1984; Sacaze 1892; Marco 2008).

La aparición de este término como epíteto del dios clásico Hércules, refuerza el acercamiento de la palabra al significado eusquérico de (*h*)*andi*, ‘grande’, habida cuenta de la frecuencia del epíteto *maximus* y *magnus* en el mundo romano. Para formar el nombre se agregaría a esta base el sufijo aquitano *-oss(o)-*, relacionable con el vasco *-otz*, el navarro-aragonés *-ués* y el gascón *-os*, muy fértiles en la formación de topónimos.

En definitiva, pues, el nombre de los andosinos encuentra su paralelo más cercano en el término aquitano *andossus*, que podría ser naturalmente una palabra del léxico común utilizada como nombre propio. La forma registrada por Polibio añade el sufijo latino *-inus* para formar el etnónimo.

¿Significa esto que los andosinos eran de lengua eusquérica? No lo podemos afirmar, pues, como ya se ha dicho, en ocasiones los nombres son otorgados a un pueblo desde el exterior y no coinciden necesariamente con su denominación en la propia lengua. Además, por lo que sabemos hasta ahora, los testimonios lingüísticos del aquitano están limitados a la vertiente norte de la cordillera, mientras que en la meridional los documentos vernáculos más próximos están redactados en ibérico y los vascónicos se encuentran muy alejados. De cualquier modo, en el momento en el que se produjo la travesía anibálica de los Pirineos, como se ha visto, confluían en la región las lenguas aquitana, ibérica y gala, por lo que no puede descartarse ninguna hipótesis —incluida la diversidad lingüística y cultural, frecuentísima en esta época—, a la espera de que futuros hallazgos puedan contribuir a aclarar la

cuestión. En este terreno sería de extraordinario interés poder contar con nuevos datos derivados de la investigación arqueológica —y, en particular, con inscripciones— que permitan generar una imagen más nítida de los andosinos.

En el estado actual de nuestros conocimientos no es mucho más lo que se puede decir acerca de la comunidad mencionada por Polibio en su libro III.

La iniciativa tomada por la *Societat Andorrana de Ciències* de festejar el 2.225 aniversario de la efímera aparición de los andosinos en el registro histórico, cuando su oposición a Aníbal les hizo saltar por un momento al primer plano de la historia, hace justicia a esta comunidad olvidada, que, con toda verosimilitud, habitó los valles de Andorra hace dos milenios y cuyo etnónimo testimonia por vez primera la misma base de la que deriva también el nombre de Andorra.

#### Notes

1-El presente texto recoge los aspectos fundamentales de la conferencia expuesta en el *Centre Cultural la Llucana* de Andorra la Vella el día 16 de octubre de 2008 por invitación de la *Societat Andorrana de Ciències*.

2-Obsérvese, por ejemplo, que Ptolomeo (II 6, 67) menciona entre las ciudades ilergetes dos denominadas *Bergusia* y *Bergidon* que obviamente recuerdan a los bargusios / bergistanos.

3-Preescindimos aquí de etimologías especulativas como las que relacionan Andorra con la voz castellana homónima, derivada al parecer del árabe; otras que lo explican a partir del árabe *al darra*, 'el bosque' o que lo hacen derivar del término *andurrial*; o que proponen etimologías vascas inviables como "*handurra* 'agua grande', que no respeta el orden habitual sustantivo + adjetivo, propio de esta lengua; por no mencionar etimologías populares como la que remite el nombre al valle bíblico de Endor / Andor...

#### Bibliografía

- J.-L. Amselle, *Logiques métisses, Anthropologie de l'identité en Afrique et ailleurs*, Paris 1990.
- F. Beltrán Lloris, "El año 218. Problemas en torno al comienzo de la segunda guerra púnica en la Península Ibérica", *5 Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà 1984, pp. 147-171.
- [con F. Pina], "Roma y los Pirineos. La formación de una frontera", *Chiron* 24, 1994, pp. 103-133.
- "Hacia un replanteamiento del mapa cultural y étnico del norte de Aragón" en F. Villar y M. P. Fernández Álvarez (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromana de Hispania*, Salamanca 2001, 61-81.
- "Nos Celtis genitos et ex Hiberis. Apuntes sobre las identidades colectivas en la Celtiberia", en G. Cruz Andreotti y B. Mora (eds.), *Identidades étnicas – identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Málaga 2004 87-145.
- P. Campmajó y J. Untermann, "Corpus des gravures ibériques de Cerdagne", *Ceretania* 1, 1991, 39-59.
- P. Campmajó, "Les gravures ibères dans l'art rupestre de l'Age du fer. Le cas de la Cerdagne", en *Món ibèric als països catalans. XIII Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà 2005, 1101-1133.
- P. Campmajó, "Les roches gravées d' époque ibère sont-elles des marqueurs de territoire? le cas de la Cerdagne", *Acta Palaeohispanica IX = Palaeohispanica* 5, 2005, 195-234.

- P. Canturri, "Els gravats prehistòrics de les Valls d'Andorra", en *I Congrés Internacional de gravats rupestres i murals*, Lleida 2003, 619-634.
- J. Coromines, "La toponymie hispanique préromaine et la survivance du basque jusqu'au bas moyen âge", *IV Congrès international des sciences onomastiques*, München 1960.  
— *Entre dos llenguatges*, Barcelona 1976.
- G. A. De Vos y L. Romanucci-Ross, Ethnic Pluralism: conflict and accommodation, en L. Romanucci-Ross y G. A. De Vos (eds.), *Ethnic identity: creation, conflict and accommodation*, Walnut Creek 1995, 15-47.
- U. Fabiotti, *L'identità étnica. Storia e critica di un concetto equivoco*, Roma 1995.
- G. Fatás, "La población prerromana del Pirineo central según las fuentes y los testimonios anti-guos", *2on Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà 1978, 211-223.  
— "Los Pirineos meridionales y la conquista romana", en J. Untermann y F. Villar (eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*, Salamanca 1993, 289-315.
- J. M. Hall, *Ethnic identity in Greek Antiquity*, Cambridge 1997,
- J. de Hoz, "La lengua y la escritura ibéricas y las lenguas de los iberos" en en J. Untermann y F. Villar (eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*, Salamanca 1993, 635-666.  
— "El poblamiento antiguo de los Pirineos desde un punto de vista lingüístico", en J. Bertranpetit y E. Vives (eds.), *Muntanyes i població. El passat dels Pirineus des d'una perspectiva multidisciplinària*, Andorra la Vella 1995, 271-299.
- J. L. García Alonso, "Vettones y layetanos. La etnonimia antigua de Hispania", *Palaeohispanica* 6, 2006, 59-116.
- J. Gorrochategui, *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*, Bilbao 1984.  
— "Los Pirineos entre Galia e Hispania: las lenguas", *Veleia* 12, 1994, 181-234.  
— "Algunos aspectos de la onomástica personal antigua de los Pirineos", en J. Bertranpetit y E. Vives (eds.), *Muntanyes i població. El passat dels Pirineus des d'una perspectiva multidisciplinària*, Andorra la Vella 1995, 151-156.
- F. Marco, "La emergencia de los pueblos pirenaicos antiguos" en J. F. Rodríguez Neila y F. J. Navarro (eds.), *Los pueblos prerromanos del norte de Hispania. Una transición cultural como debate histórico*, Pamplona 1998, 51-87.
- F. Marco, "Sobre la romanización religiosa de los Pirineos", *Veleia (Homenaje a Ignacio Barandiarán Maestu)* 24-25, 2007-2008, 1017-1033
- MLH= J. Untermann, *Monumenta linguarum Hispanicarum*, Wiesbaden 1990.
- J. P. Mohen, "L'âge du fer dans les Pyrénées françaises", *Cahiers d'anthropologie et d'écologie humaines* 1974, 123-129.
- J. Nolla e I. Rodà, "El sector meridional dels Pirineus a l'època antiga. Unes reflexions", *X Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà 1995, 507-515.
- O. Olesti, O. Mercadal y P. Valiente, "La Cerdanya i els ceretans: transformacions d'un poble i d'un paisatge pirinenc en època antiga", en *Món ibèric als països catalans. XIII Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà 2005, 287-311.
- I. Panosa, "El paper de la Cerdanya com a nexa entre el territori ibèric del nord i el sud del Pirineu. Problemàtica del seu corpus d'inscripcions ibèriques", *X Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà 1995, 465-478.
- Chr. Rico, *Pyrénées romaines. essai sur un pays de frontière (III<sup>e</sup> siècle av. J.-C. – IV<sup>e</sup> siècle ap. J.-C.)*, Madrid 1997.
- J. Sacaze, *Inscriptions antiques des Pyrénées*, Toulouse 1892.
- A. Smith, *The ethnic origins of nations*, Oxford 1986, 22-30.